blamos un momento y le cogí del brazo. Un coche pasaba...

—¿Subimos?—preguntó el caballero.

—Como usted guste.

Ya en el vehículo, me refugié en un ángulo, huyendo medrosa el contacto del hombre: mi acompañante, sin advertir la virtuosa circunspección de mi actitud, hablaba ligeramente, con volubilidad de buen tono. Yo escuchaba como en sueños, pareciéndome que aquella voz venía de muy lejos: mi imaginación, corriendo más que el tiempo, componía las escenas de sucia pasión que iban á ocurrir, y dolor infinito oprimía mi alma: en un instante la honrada labor de tantos meses iba á quedar rota, con golpe irreparable. ¡Oh, si Pedro supiese!...

El coche se detuvo, el caballero abrió la portezuela y echó pie á tierra; yo bajé también recogiéndome las faldas, aceptando para apoyarme ligeramente, la mano que mi acompañante me ofrecía. Penetramos en un portal y subimos á un cuarto entresuelo alumbrado con luz eléctrica: la puerta, que tenía cerradura inglesa, cedió fácilmente: nadie salió á recibirnos. El dijo:

—Este es un precioso nido que conservo desde mis alegres años de soltero, y del cual no pienso deshacerme mientras me dure el buen humor.

No respondí y haciendo con la cabeza un signo tímido de asentimiento, seguí á mi compañero. Atravesamos el recibimiento llegando á un gabinete japonés: en el espacio, suspendidos del techo por hilos sutiles, había varios pájaros de entretrópicos, mostrando su rico plumaje y sus enjutas pechugas disecadas. De pronto el caballero, extrañando mi silencio, se volvió á mí.

—¿Estás triste?—preguntó.

—No, señor.

—¿Cómo no hablas?

Me encogí de hombros, sonrojándome.

—¿En qué piensas?

—¡No sé!...En todo esto, que es muy bonito.

—¿Eres de Madrid?

—Andaluza.

—¿Sevillana, tal vez?

—Sí, señor.

—¡Oh!...Aquella es una tierra preciosa donde he pasado ratos muy dulces...

Sonreía, evocando añejos recuerdos, con la subida satisfacción del hombre rico que pudo complacer todos sus gustos. Yo, entretanto, me llevaba un pañuelo á los labios para toser, procurando ahogar mi pena creciente. ¡Si Pedro llegase á saber que yo estaba allí!...Aquel remordimiento quemaba como un tósigo. Me había dejado caer sobre un diván con el abandono, de los moribundos; el caballero desconocido se había quitado el frac y sin dejar de hablar cogió un pulverizador y empezó á perfumarse delante del espejo. Después se acercó á mí.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Hacía esfuerzos terribles sobre mí para aparecer contenta; él me observaba curioso; indudablemente no recordaba haber visto pasar por aquel gabinete otra mujer más sosona ni más triste que yo.

—Yo—dijo,—te he visto no se dónde.

—Tal vez... sí, señor; tal vez... es muy posible...

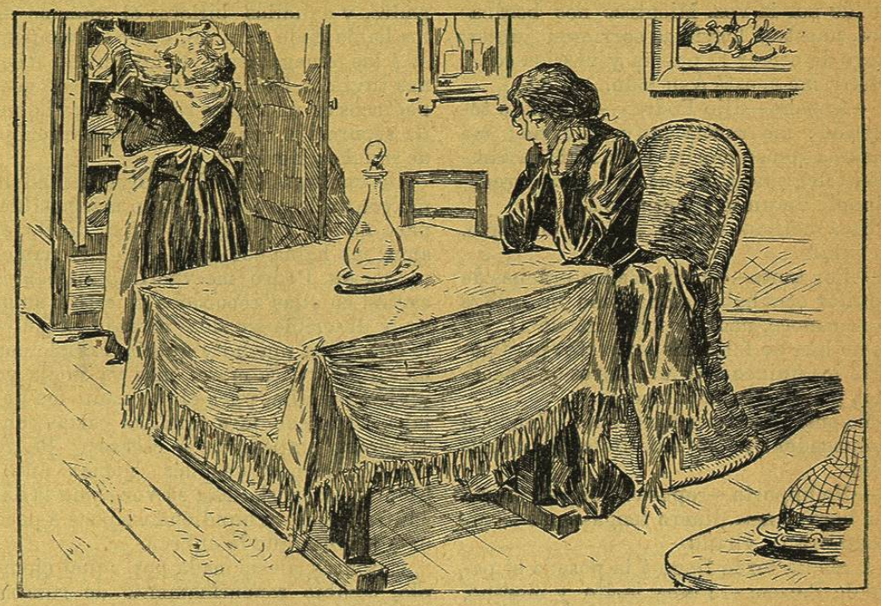
No sabía qué responder; él fué á sentarse al borde del lecho, cerca de mí, acariciándome con los ojos.

—Vamos—dijo,—¿no te desnudas?

Entonces, sin poder contenerme, rompí á llorar, pero á cántaros, como se llora por los muertos; él, vivamente emocionado, quiso saber el secreto de tan duro quebranto; yo, bebiéndome las lágrimas, lo referí todo. Saqué del seno el telegrama de Pedro Francos: yo era buena, estaba arrepentida de mi ayer, aquello lo hacía por miseria, por no morir sin despedirme del único hombre á quien había amado...

—Necesitaba cincuenta pesetas—agregué,—y á buscarlas salí. Los hombres me asustaban... pero, ¿qué remedio?... Usted sabrá perdonar la indiscreción que he cometido de echarme á llorar.

El caballero, sin responder, me devolvió el telegrama; luego sacó de la mesi-



Mientras Severina, deseando complacerme, registraba un viejo armario... (Pág. 55.)

lla de noche una cartera y de ésta un billete de cien pesetas.

—Tome usted—dijo, bajando los ojos, avergonzándose de su generosidad.

Estaba intensamente pálido; me trataba de usted; su voz y sus manos temblaban.

—Gracias—murmuré,—muchas gracias...

Cogí el billete y lo guardé en mi faldriquera; después, ya más repuesta, me levanté, acercándome al caballero desconocido, ofreciéndome...

Me rechazó suavemente.

—No, hija mía. Usted nada me debe.

Mis ojos volvieron á llenarse de lágrimas.

—¿Quiere usted—exclamé—hacerme un nuevo favor?

—¿Cuál?

—Decirme su nombre.

—¿Para qué?

—Para rezar por usted... para bendecirle siempre... mi gratitud hacia usted es inmensa...

—¡Bah, no hablemos de ello! Yo soy un hombre, uno cualquiera, uno del montón...

El mismo me ayudó á ponerme el mantón, acompañándome después hasta el zaguán. Allí, muy conmovido, sin besarme, me dió la mano.

—Puesto que es usted buena—dijo—no pierda la esperanza de ser feliz. Adiós.

Cuando veinticuatro horas después llegué á Montijo, un empleado de la estación me dió la dirección de la posada ó parador donde un muchacho, cuyas señas personales coincidían con las de Pedro Francos, se hospedaba. Allí, en efecto, estaba Pedro: le vi acostado, presa de gran debilidad y aquejado de fiebre; mi corazón se ensanchó gozoso; realmente no le creía tan bien. Al penetrar en su cuarto le hallé sentado sobre la cama, tendiéndome los brazos; me había reco-

nocido por la voz. Mientras nos besábamos, nuestras lágrimas corrieron juntas; luego de cerrar la puerta y vestida como estaba, me acosté á su lado.

—Anoche—dijo Pedro,—cuando te telegrafié, me sentía muy enfermo; me asusté... pensé morir. Esta mañana también telegrafié á mi padre y estoy aguardándole de un momento á otro.

Esta noticia vino á nublar, en parte, mi júbilo.

—Por tanto—agregó Pedro,—debes de alquilar otra habitación; como mi padre no te conoce, nada sospechará de ti, y á mí no han de faltarme pretextos para pedirle los quince ó veinte duros que necesitas para regresar á Madrid.

Yo enseñé mi portamonedas, dando á comprender que no necesitaba aquel auxilio.

—No importa—repuso Pedro;—guarda eso; cuanto más dinero tengas más tiempo durará tu virtud.

A media tarde llegó á la posada el padre de Perico: era muy jarifo y moreno, y se parecía mucho á su hijo. Al verle y á pesar de mis penas, tuve alegría y grandes deseos de abrazarle; pero supe contenerme y disimular mi personalidad muy bien. «Cuando Periquillo tenga cincuenta años—pensé—será así.» El día transcurrió sin incidentes. Al anochecer la criada del mesón vino á decirme que el señorito Pedro me esperaba. Acudí inmediatamente, segura de hallarle solo. Al verme se incorporó en el lecho, sacando de debajo de la almohada trescientas pesetas en billetes.

—Toma—dijo.

—Pero...

—Toma y... adiós... adiós... ya te escribiré.

Hablaba bajando mucho la voz, y esto me hizo sospechar que podían oirnos. Luego añadió:

—Son las ocho y veinte; á las nueve menos minutos pasa por aquí el tren que va á Madrid. Aun puedes alcanzarle...

Mientras hablaba, un gesto elocuente de su mano derecha señaló la puerta de una habitación contigua: allí estaba su padre, y aquellos billetes el anciano se los había dado para mí, como recompensa á las abnegaciones de mi cariño. Apenas tuvimos Pedro y yo tiempo de despedirnos en un abrazo rapidísimo, y aquella separación brusca nos ahorró el enojo de muchas lágrimas.

De vuelta á Madrid resolví defenderme contra la prostitución lo más posible, para no ser indigna del sitial donde el amor me había colocado. Los dos primeros meses, Pedro me escribió bastantes cartas: en ellas recordaba nuestros amores y describía su vida actual; su padre le agasajaba mucho y quería casarle con una linda y rica moza: mas ya podía yo vivir tranquila, pues él por nadie me dejaba. El tercer mes aquellas cartas consoladoras empezaron á escasear; Pedro escribía menos; después, menos aún... ¡siempre menos!... Era su voz como la del náufrago que va hundiéndose poco á poco bajo las olas que le cubren.

Entonces, aleccionada por aquel ejemplo, cambié repentinamente de rumbo, imponiéndome un camino nuevo con ese vigor de voluntad que me ha sacado triunfante de las situaciones peores. Era forzoso renunciar al pasado y ser rica, aun cuando para ello necesitase rodar los últimos peldaños del encanallamiento. Con este pensamiento y gracias á la excelente amistad de Carmen Arellano que me facilitó algunos recursos, fuí cierta mañana á una tienda de modas de la calle de Fuencarral, donde encargué y dejé pagado un elegante vestido; desde allí á una tienda de sombreros, y luego á casa de Severina quien, como siempre, celebró mi regreso abrazándome contra su interesado corazón. Por mi boardillita de la calle de Espíritu Santo no volví, ni creo haber tornado á pasar ante aquella casa que tantos recuerdos, buenos y malos, tiene para mí.

El vicio de los hombres y mujeres que frecuentaban la mancebía de Severina Aguilas, las conversaciones obscenas repetidas siempre y los feos recuerdos de mi pasado, no tardaron en mancharme nuevamente, apoderándose de mi ánimo,

empujando muy lejos las honradas impresiones de los últimos tiempos; la novela de aquellos amores juveniles me parecía cosa lejana y borrosa, y hablaba de Pedro Francos tranquilamente, como de algo muerto, con dolor apagado y recóndito. Por mí y por lo que en otras compañeras de desgracia he visto, comprendo que las mujeres públicas, sea cual fuere su posición y rango: concluyen siendo autómatas, sin pasiones ni deseos: el vicio las insensibiliza, su carne duerme, sus sentidos también, en su cerebro impera una actividad anormal, estéril, como la producida por los abusos del alcohol; ríen porque deben reir, porque su oficio las exige locuacidad y alegría inagotables; deben reir con este y con el otro... y con el otro, reir siempre, aunque su ruidoso contento las desgarre el estómago, pues nada disgusta y aburre tanto á los hombres como una cortesana triste, su cuerpo estará propicio á bailar y á desnudarse, sin temor al cansancio y al frío; debe también aceptarlo todo y así tendrá derecho á exigirlo todo: sus labios, si pueden negar un beso no rechazarán jamás una copa de vino: la vida de las heteras es suicidio, despilfarro, anhelo destructor insaciable, la cortesana que no pide, está muerta. Yo me lancé á esta existencia vertiginosa, mi cuerpo de acero resistió todos los excesos, la orgía fué mi descanso, del vino y de la ajena alegría sacaba mi voluntad esfuerzo inagotable; en pocos meses pasó por mis manos, cariñosas y pedigüeñas, un río de plata.

De todos los hombres que entonces conocí, sólo puedo citar á Antonio Regenta de quien estuve enamorada algunas semanas. La razón de aquel amor la ignoro; Antonio era tahur y quizá ésto influyese en mí, pues he oído decir á muchas mujeres expertas, que los jugadores de profesión tienen en su trato íntimo cualidades que no poseen los demás hombres.

Antonio Regenta era de regular estatura, blanco de rostro y muy robusto; llevaba los negros cabellos peinados artísticamente; la frente y los ojos eran grandes la mirada de sus pupilas, algo echadas hacia arriba como las del Cid, miraban con expresión triste, cual heridas por la melancolía de las fortunas que pasaron ante ellas: sobre un bigotito semirrubio de adolescente, la nariz avanzaba, retorciéndose, y aquella nariz wagneriana, cuya punta descendía hacia abajo derechamente, parecía un signo afirmativo, testimonio plástico, indudable, de firmeza moral; sus actitudes tenían cierto matonismo y desembarazo que enmendaban la atildada y señoril pulcritud del traje.

Antonio era generoso, y cuando jugando por cuenta propia ganaba, me metía por los ojos los billetes de Banco. Nadie como él para gastar dinero; en ésto, si no aventajaba tampoco cedía á Diego Ferrer; una noche de jarana pagó en cierto colmado de la calle Visitación, quinientas pesetas de vino. Con Regenta reñí por calumnias y malas artes de mi amiga Clarita Tello, quien, según creo, estaba enamorada de él. De Clara me vengué recortando su cabeza de un retrato que ella me había dedicado y pegándola cuidadosamente sobre una fotografía obscena, para que un fotógrafo amigo mío sacase copia fiel y correcta, del todo: después envié este retrato á Julián Sota, vizconde de Rúa, quien, justamente indignado, me vengó de Clarita Tello riñendo con ella.

Trascurrieron varios meses. Una noche hallándome con Carmen Arellano en un palco de la Zarzuela, me presentaron á don Pablo Ardémiz, uno de los hombres que, por su larga experiencia y bondad, han dejado en mi memoria mejor y más duradera impresión.

Don Pablo llegaba entonces á los cuarenta años, si bien representaba algunos más: era un verdadero elegante, grueso y alto, cuyos cabellos blancos parecían conservar el polvo de todos los bailes donde estuvo: su talle, á pesar de la obesidad que afea el talle de los galanes antiguos, conservaba el desembarazo y la flexibilidad de movimientos que sólo enseña la vida de los grandes salones: tenía su voz, aunque defendiera ó afirmase algo rotundamente, una dulzura insinuante

como concesión perenne hecha á su interlocutor; sus ojos grandes y claros, un poco saltones, acariciaban siempre: no puedo recordar á don Pablo sin ver sus ojos; no conozco otros tan cariñosos y penetrantes; al despedirnos de Ardémiz, llevamos la impresión de que su última mirada es, para nosotras, su última bondad; su bigote canoso se retorcía ufano sobre las pálidas mejillas; su media calva era triste y elocuente como una página del libro de la vida. Don Pablo, que conocía y trataba de cerca á mucha gente no permitía que nadie violase su intimidad: no tenía amigos predilectos, sus medios de vivir eran obscuros, entre las cortesanas de alto rango disfrutaba de reales y muy valederas simpatías, aunque todas estábamos ciertas de que no tenía relaciones con ninguna de nosotras. Después he creído descubrir la naturaleza de aquel sentimiento, algo frío, sin duda: cuando el hombre se desencanta del amor y de la amistad, recurre otra vez á la mujer, si bien castamente: la amistad de las mujeres es la única fe de los desengañados.

El cariño desinteresado, casi paternal, de don Pablo Ardémiz, me fué utilísimo; él me relacionó con muchos hombres adinerados y elegantes, y con buen número de pintores, escultores y periodistas.

—Está usted derrochando su juventud neciamente—me decía Ardémiz;—usted, siguiendo mis consejos, puede ir muy lejos; su juventud, su buena ilustración y la alegre actividad de su espíritu, son tesoros que merecen conquistar una gran fortuna.

Por consejo de don Pablo aprendí á bailar, con lo cual pude cambiar mi título de cortesana por el de bailarina; poco después la amistad de un empresario me permitió *debutar* en un teatrillo de cuarto orden, varios periódicos hablaron de mí y al leer mi nombre en letras de molde disfruté un mareo jubiloso y fortísimo, análogo al que deben de experimentar los escritores noveles, viendo en los escaparates de las librerías su primera obra; sentíame regenerada y como trocada en otra mujer; el escultor Benjamín Llao y el pintor Sandonis, me reprodujeron en dos obras artísticas que por aquella época obtuvieron alguna notoriedad; á propósito de esto, una revista ilustrada publicó mi retrato; parecíame que en la calle todos volvían la cabeza admirándome: desde entonces el baile fué para mí un pretexto de lucimiento, medro y exhibición; un medio nuevo de conquista. La noche de mi beneficio, la generosidad de mis admiradores me regaló en billetes, joyas y flores, más de seiscientas pesetas; el excelente don Pablo, que nada podía regalarme, se contentaba aplaudiéndome desde un palco; la emoción humedecía sus ojos paternales, mi triunfo era suyo. Yo estaba satisfechísima: jamás pude soñar éxito pecuniario semejante, ni profesión que mejor se aviniese á mi temperamento desordenado y vagabundo.

Gavarní lo dijo:

«¿No sirves para nada? Hazte artista.»

III

14 Diciembre

Con los amores de Pedro Francos terminó lo que yo llamo introducción ó proemio de mi historia.

Hace un momento, queriendo poner nexo lógico entre varias ideas mal halladas, repasé atentamente lo escrito, poniendo guiones entre lo roto ó deshilvanado, borrando suturas y estableciendo en todo acordada proporción y armonía.

Repasando un montón de viejas cartas, hallo una firmada por cierto Eugenio Villat, de quien no recuerdo, que empieza así:

«Perdona mi insistencia, pero estos renglones y requiebros no pueden disgustarte, como no disgustan las orquestas ambulantes que en las horas crepusculares pasan bajo nuestros balcones llamando al ensueño. Eso, Isabel, son mis cartas, con sus juramentos y sus promesas: música dulce, muy dulce y muy triste, que pasa»...

Como las cartas de aquel adorador olvidado, es la vida; todo en ésta, examinado á cierta distancia, es gris y borroso; que los recuerdos forman densa nube ó tupida niebla semejante al polvo que flota sobre los campos de batalla, y el polvo todo lo delustra, entolda y obscurece. No extraño, pues, que en mis *Memorias* las figuras y las escenas estén abocetadas; la historia de cada individuo es un manojo ó sucesión de bocetos; bocetos inseguros de cuadros y de tipos: todo allí aparece atraillado, cuando no enmarañado y confuso; á veces lo máximo engendra lo ridículamente pequeño, á ratos también, los menores detalles traen al espíritu la imagen de acontecimientos terribles; hay días que compendian una época, amores que apenas dejaron la huella de un nombre, semblantes de los que sólo recuerdo una sonrisa ó un bigote blanco...La fosa común, donde todos los desheredados duermen juntos, es imagen fiel de la vida. La humanidad es agua corriente, acaso sus hondas puedan torcerse deteniéndose breves momentos en los remansos, pero luego siguen su curso fatal, derivando irremisiblemente hacia el callado mar negro del eterno reposo: en este ir continuo, los humanos nacen, crecen, se aproximan, se divorcian, quieren, odian, y siguen adelante, separados ya para siempre, unas veces por la muerte, otras por la distancia.

Corroborando lo que acerca de esto la experiencia me enseñó, sé por autorizados conductos que las cortesanas suelen dejar imperecedera impresión en los marinos y en los niños; y lo comprendo, pues la soledad de los unos y la impericia y virginidad moral de los otros, aseguran la persistencia de la imagen; pero en nosotras, pobres hojas caídas, lanzadas á todos los vientos del desenfreno y del capricho, ¿qué podrá resistir el flujo desvastador de una existencia devorada demasiado aprisa? Por esto, aunque leí bastante y conozco los rumbos de la novela moderna, prescindo de todo ropaje literario y consigno mis recuerdos llanamente, evitando las descripciones difusas y los buceos psicológicos excesivamente de-